



CAPITULO XV

El héroe de las victorias

EL 20 de Diciembre llegamos á Arroyo Zarco y supimos que desde tres días antes estaba allí el Cuartel General. Mi primer deseo fué ocurrir á saludar á González Ortega, á quien quizás he dicho ya que conocí en sus tiempos de estudiante, pues apenas había entre nosotros unos cuantos años de diferencia. La recepción que me hizo el famoso *Curro* fué tan cordial y cariñosa como si el día anterior hubiera dejado de embozarse en el menguado barragancillo con que le había conocido y que él terciaba con aire de caballero de las cortes de los Felipes; pero habían pasado tantas cosas que ganas me daban de negar la identidad entre aquel general que simbolizaba las esperanzas de nuestro partido y el muchachuelo tracista y maleante que había conocido en las aulas.

¡Y vaya si era maleante y tracista el gran soldado! Una vez...

Pero procedamos por orden, que quizás exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de historia ni en las biografías oficiales.

Jesús González Ortega había nacido en una hacienda llamada San Mateo Valparaíso, propiedad de los condes de ese título y después de los marqueses del Jaral de Berrio. Resultó el chico avispadillo y modosito, y su padre, don Laureano, se propuso darle educación científica. Ya se sabe; en aquel tiempo no se comprendía que un niño fuera á propósito para las letras sin que se pensara luego en hacerle cura ó por lo menos abogado.

Desgraciada ó felizmente, el padre de nuestro chico acabó con sus cortos recursos ó perdió su colocación de mayordomo de hacienda y fué necesario enviar por Jesús, que tuvo que seguir la triste carrera de estudiante destripado: hoy dependiente de comercio, al otro día empleado en finca de campo y al siguiente curial del juzgado de paz ó secretario del ayuntamiento.

De todos estos destinos el que tocó á González Ortega fué el de curial, y asesorando al alcalde, que de seguro lo era algún tendero de posibles, sorprendió á nuestro hombre la revolución de Ayutla. Todavía recuerdo que cuando volví á Guadalajara, allá por el cincuenta y ocho,

mis amigos me mostraron un periodiquín que se llamaba *El Diablo*. Estaba redactado por Ortega, y contenía razones de tal peso en pro de la causa liberal, que se conocía no era ciertamente un escritorzuelo de tantos quien apenas en los comienzos podía usar aquel estilo nervioso y satírico.

Triunfó la revolución y Ortega cambió el puesto de secretario del juzgado de paz de Santa María del Teul por el de secretario de la Jefatura Política de Tlaltenango, que servía un buen patriota y viejo soldado que se llamaba don Ignacio Méndez Mora.

Como es usanza, Méndez Mora recibió consigna para las elecciones de diputados al Congreso local; mas como no se le alcanzaba nada de negocios de *huizache*, comisionó al rábula que le llevaba la pluma para que hiciera la voluntad del gobernador don Victoriano Zamora. Pero el rábula, como se dice con frase vulgar y gráfica, *se comió el mandado*, y en vez del politicastro provinciano que estaba previsto administrativamente, resultó diputado el propio don Jesús González Ortega.

En Zacatecas, don Jesús no se aplicó sino á dos cosas, las únicas que amó en su vida, la poesía y las mujeres; pues á la gloria y á la libertad que también le atrajeron con su señuelo irresistible, se aficionó no más porque eran dos mujeres.

Llenos ¡ay! están los periódicos del tiempo de ensa-

yos poéticos anónimos, firmados con iniciales ó con seudónimos, producto de la fecunda vena del futuro General; pero son muchos más los que quedaron inéditos para bien de las letras. No bien encontraba el poeta una coyuntura disponible, y á pesar de ser ministro, jefe victorioso ó lo que Dios quisiera, ya estaba enhebrando cuartetas y más cuartetas como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Pero sí había hecho y hacía algo más, y era amar á todas las mujeres que se encontraba al paso, lo mismo á las guapas, que á las feas, que á las de medianos bigotes; y así como las amaba, era amado por ellas al grado que su nombre era como grito de guerra que congregaba á todas cuantas gustaban del afecto fino y resuelto.

Estaba una vez á la puerta de una tercena, donde se juntaba al chisme y á la chacota la gente baldía de la ciudad, un grupo de liberales resellados, de esos que alternativamente cambiaban de opinión, y que si entraba la mochitanga eran conservadores en razón de que no convenía apresurar las cosas ni marchar contra lo establecido, y que, si subían los puros, se convertían en progresistas, porque había que ir de conformidad con el siglo: pancistas, en términos claros y exactos.

Acertó á pasar una buena moza que el señor diputado González Ortega cortejaba con fruto, y se ocurrió á uno de aquellos desocupados coger un manojo de puros y



Puros puros, á mi seno; puros mochos, á mis pies

arrojarlo á los pies de la hermosa. La chica vaciló un corto espacio, y luego, cogiendo el haz de tabacos, lo dividió en dos partes: una se la echó al seno con ademán gallardo y decidido, otra la tiró al suelo después de partir en dos cada tagarnina, diciendo con ademán de reto á los guasones y mirándoles frente á frente:

— Puros puros, á mi seno; puros mochos, á mis pies...

Y se alejó dando la gran rabiada con la enagua de castor llena de lentejuelas...

No faltará un sutil y almidonado que al llegar aquí tuerza el gesto y me diga con ademán de quien todo lo sabe: «Pero, señor narrador, ¿qué nos habla usted ahí de enamoramientos si los tiempos no eran á propósito para tonterías? Los principios, la discusión de los grandes problemas, la suerte de la patria preocupaban á todos los espíritus, y nadie se curaba de saber si agrada- ría á un par de ojuelos que columbrara, ni de si dejarían de gustarle los piececitos calzados con media de la patente y zapato bajo que viera debajo de una falda de tarlatana.»

Y yo contestaré al sabihondo: «Señor crítico, entre las cosas que usted sabe, no sabe lo que se pesca. Entienda su necedad, que en este tiempo en que le parece que todos nos dedicábamos á discurrir como lárragos en una perpetua sabatina, ó á cascarnos las liendres como locos, se amó más que en época ninguna. Nosotros, que

nunca nos acostábamos á dormir en cama, que remudábamos ropa cuando buenamente podíamos, que ignorábamos lo que eran el regalo y la ociosidad, teníamos fortunones amorosos que ya los quisieran para sí los barbilindos que guían automóviles y se adoban las manos con pasta de almendras. Aquella *chinaca brava* que olía á macho cabrío, á selva virgen, á camino polvoroso y á fiera en celo, dividió su vida entre Marte y Venus, y ciertamente que no tocó la parte menor á Afrodita. Si esta relación no hubiera de ser leída por gentes que no deben saber siquiera que existe la inmoralidad, contaría cosas no inútiles para la verdadera historia y que servirían para comprobar cuanto aquí apunto.

Y es que la naturaleza, siempre sabia, ya que no podía impedir que nos zurráramos de firme, por lo menos conseguía que nos reprodujéramos con más vigor que nunca.

Esta digresión ó lo que se llame, no es ociosa, pues el tipo de estos chinacates amorosos y valientes lo fué González Ortega, de quien decían sus amigos que era el terror de los hombres y el encanto de las mujeres.

Se hallaba, pues, el simpático diputado en medio de sus goces, cuando la cosa pública empezó á presentar un cariz que causaba miedo. El joven Macabeo había iniciado ya la carrera de sus triunfos, y la derrota que en Ahualulco había infligido al testarudo Vidaurri parecía el

acabóse para los liberales zacatecanos. Don Victoriano Zamora tomó soleta, un licenciado Castro, un licenciado Parra y otros muchos licenciados de diferentes nombres, se sucedieron en el Gobierno; pero su paso fué *velut umbra*, pues el que más estuvo tres días en el poder, y el que menos, veinticuatro horas. A éste le llamaron *flor de un día*.

Una mañana despertaba S. S. el representante Ortega después de una francachela. Se había tirado de la oreja á Jorge con alburitos de apuesta, se había bebido de lo caro (aunque don Jesús, á fuer de buen enamorado, no lo cataba ni por descuido), y las alegres comadres habían hecho el gasto cantando y diciendo chirigotas de gracia dudosa. Cualquiera puede figurarse el aplanamiento del perdulario después de aquella orgía: veía el sol amarillento, la atmósfera le pesaba, sentía la boca como si estuviera mascando paño y experimentaba en el alma una sensación de vacío y de hartura, de fastidio y de deseo, que pensó nada convenía más que tenderse á la bartola y dormir hasta que la *cruda* (que sin perdón así se llama) hubiera pasado del pobre cuerpo enfermo.

Se preparaba á meterse en el lecho, cuando un amigo pidió permiso para entrar. Le refirió que los notables iban á nombrar ayuntamiento que recibiera á Márquez, entendiéndose con él para que no sufrieran personas ni intereses. Ortega oyó aquello con cólera, sacudió por un